

# LA VIRGEN DEL COLOR DE LA BANDERA

## PRIMERA PARTE

Quiero cantar las glorias de María  
y el aire de esa mística paloma  
que encariñada de mi patria un día  
por la llanura abandonó la loma.  
La cantaré en Luján, que es tierra mía,  
tierra empapada de su luz y aroma,  
tierra donde la santa poesía  
al aire de su vuelo, vuelo toma,  
donde todo es azul y sin pecado,  
la flor, el pez, el pájaro y el prado.  
Voy a tender como un avión las alas  
de aluminio en la plata de la luna  
hacia esta Virgen cuyas blancas galas  
preservó Dios aún antes de la cuna.  
Desafiaré los focos y las balas  
en el techo del mundo y la fortuna  
y, cazador de imágenes gallardas,  
con botín de metáforas y flores,  
desplegaré mi tren de aterrizaje  
junto al Santuario, con las alas tardas  
llenas de cantos y de resplandores  
que de los sitios más remotos traje.

Al principio era sólo la llanura.  
La soledad trenzaba sus canciones  
en los tientos de un río de agua oscura.  
Un negro sol de cálidos crespones  
desparramaba a látigos de luces  
a indios, españoles y avestruces.



Entonces la paloma  
dijo su arrullo al pie de la barranca.  
Era una flor con canto por aroma;  
y un criollo que el idioma  
supo entender de aquella cosa blanca,  
tendido al pie del saucedal umbroso,  
y el hornero, arquitecto primitivo  
junto a la puerta de su rancho hermoso,  
y el terutero heroico y sensitivo  
que pueblo los bañados,  
y la misma calandria de alas grises  
y dulcísimos cantos desvelados,  
gozo y honor del Plata y sus países,  
callaron al oír a la paloma.  
No había más que un viento  
que andaba de puntillas por la loma,  
agrandando el silencio y el lamento.  
Y el lamento clamaba:  
—'Nunca sentí la soledad tan honda,  
tan espantoso y cálido el desierto.  
Doquier el fachinal, la paja brava.  
Cuando llame no habrá quien me responda,  
cuando yo muera todo se habrá muerto.  
¡Ojalá fuera cierto  
el sueño que he tenido  
las otras noches en el tierno nido!  
Vi venir traqueteando una carreta  
tarda y pesada al paso de los bueyes,  
bajo un cielo, al crepúsculo, violeta,  
por una tierra indómita y sin leyes.  
Bravo tropel de gauchos la seguía  
y avanzaba en la noche turbadora,  
cuando de pronto luminosa y fría  
en la carreta se encendió la aurora.  
Iba Nuestra Señora  
la Virgen, pequeña,  
dulce la cara y las manitas juntas,



saltando casi al paso de las yuntas.

¡Blanca visión bendita!

Si la Virgen viniera,

¿qué canto igualaría la dulzura  
de mi arrullo, qué río la frescura  
de este río tuviera?

¡Mas ¡ay! que es vano empeño  
soñar con mi cariño desvelado!

Fué todo un sueño y se alejó callado  
el dueño de mi sueño.

¡La soledad qué sola y el desierto  
qué desierto! El yuyal, el indio bravo...

¡El potro libre, pero el hombre esclavo!...

Cuando yo muera todo se habrá muerto..."

Así dijo llorando

la palomita blanca y los oídos

que la habían estado acompañando  
se llenaron de cantos y quejidos.

Hubo un silencio musical y blando  
de rama en rama entre los pardos nidos  
y largo rato estremeciéndose el eco  
sobre las puntas de un gran árbol seco  
que al viento sus cien brazos extendía.

Allí el hornero había

construido su rancho

de paja y barro con la artesanía

de un criollo viejo que habitara el aire;

señor de todo un ancho

campo de tierra y cielo,

medido pico a pico, recorrido a vuelo,

conversador no exento de donaire,

trabajador, inquieto y risotero,

lanzó su grito brusco y repentino

agitando el plumaje campesino,

su vigoroso traje de alfarero.

La calandria y el tero su vecino,

el hombre oscuro y la paloma blanca



oyeron sus decires junto al río  
que murmuraba un no sé qué sombrío  
desde el hondo talud de la barranca.

—“Dios te salve, paloma,  
cantó el hornero, y que la Virgen buena  
preste oído a tu pena,  
realizando tu sueño.

¿Porqué, si tiene empeño  
de venir, conduciendo primaveras,  
no ha de enviarnos palomas mensajeras  
que perfilen y anuncian su diseño?  
Dios ama a las palomas inocentes.

El Espíritu Santo

les ha dejado un poco de su encanto,  
y en las horas del ángelus ardientes  
la Doncella bendita  
tuvo de la Paloma la visita.

Yo, mientras la anunciaba la paloma,  
la sentía venir en luz y aroma.

Era blanca, era pura, inmaculada,  
con el triunfo del nardo y de la rosa,  
pero también la ví, fuerte, sagrada,  
lo mismo que un ejército, y gloriosa.

Bella la vi, tan dulce y vaporosa  
como una nube en el azul del cielo,  
pero también gallarda y altanera  
marchando a todo vuelo,

con elegancia y mando de señora,  
con algo inexpresable de bandera,  
Será Virgen guerrera

y señora de casa, picanera  
desde el toldo y el pértigo en su carro,  
castellana en su torre hecha de barro.

Vendrá de lejos como la semilla  
que arrastra en el desierto el remolino,  
pero será una flor de maravilla



que hará al criollo olvidarse de Castilla  
para tejer con ella su destino.  
¡El criollo! Todo un pueblo  
pupulando en el polvo del camino  
que viene de los puertos.  
Sobre la tierra india  
tiembla su estirpe goda,  
y aún vive en los desiertos  
cuando le ha dado Dios la tierra toda!  
Aquí, en Luján por centro,  
se ha de gestar el alma de su raza,  
sobre este río ha de asomar su aurora.  
Gentes de Tierra Adentro,  
yo las veo fundar, casa por casa,  
la Villa Redentora,  
una vida recóndita y tranquila  
una ciudad-santuario  
donde todo lo vario  
se recoge, se encauza y se asimila,  
donde todo reposa  
en torno de la rosa  
y todo nutre y da fuerza y coraje,  
ciudad madre, ciudad única y sola,  
como un tronco de médula española  
para injertar el nervio del criollaje.

Calló el hornero y resonó su risa  
con metal de clarín campo adelante,  
mientras el pico componía a prisa  
su plumaje de pájaro elegante.  
Calló, pero en el húmedo bañado  
se levantó la voz del terutero  
que batía en el aire nacarado  
la pluma enhiesta, el espolón de acero.  
Mezcla de indio, de gaucho y caballero,  
lleva en su alma de pájaro fundidas  
la astucia, la lealtad y la bravura



que es decir, lo mejor de muchas vidas  
en una sola vida oscura.

Oscura pero libre. La llanura  
es suya, cualquier mata  
sirve a la tribu de escondite o nido  
y ataca al invasor o lo delata  
airado justamente, a grito herido.  
¡Es el numen totémico del Plata!  
¡Quién sabe qué visiones  
agitó en su despierta fantasía  
el canto del hornero,  
que también él quiso tejer canciones  
de patria y valentía  
con un ritmo guerrero!

—“Oye, pájaro obrero,  
dijo, y tú, la paloma, y tú, cantora  
calandria, enajenada de la aurora;  
y tú criollo nativo,  
y tú, río de pluma generoso,  
y tú, desierto esquivo,  
y tú, sol, vagabundo y luminoso.  
¿Qué pensáis que hago yo, corriendo en vela  
toda la tierra, alerta y prevenido,  
sino ser de la patria centinela,  
y el guardián de este pueblo sin latido?

¡Pueblo apenas nacido  
y patria que no surge todavía!  
Yo vivo la grandeza de mañana  
cuando esta tierra, doblemente mía,  
viva su vocación de soberana.  
Sé que se acerca el día,  
puesto que habéis hablado de María,  
que ha de ser en Luján su Capitana.  
Luján será camino  
que lleve al criollo a su inmortal destino;  
Luján será frontera,  
pecho de hierro al casco de la indiada,



fortaleza y trinchera  
que tendrá por bandera  
una bandera santa e inmaculada.  
¡Qué dulce en la callada noche suena  
el dolor musical de las vidalas,  
voz y armonía de este pueblo en pena  
que está aprendiendo a tener alas!  
El alma por la punta de las manos  
baja a las cuerdas, a poner en ellas  
del corazón las íntimas querellas,  
tiernos anhelos o recuerdos vanos.  
¡Qué blandos los remedos  
de los trémulos dedos  
que pulsan las guitarras,  
ese pozo inexhausto de belleza  
de donde brotan juntas la tristeza  
o el ritmo de las cuecas más bizarras!  
¡Es el alma del hombre de la pampa  
que va encontrando su perfil y estampa!  
¡Las mismas manos rudas  
que han de empuñar los clásicos facones  
en cien guerras sañudas,  
dando y pidiendo sangre a manotones!  
Primero está su sangre derramada  
sobre el desierto, por la rastrillada,  
cuando la nube de la hacienda gorda  
se dilataba polvorienta y sorda  
delante de la indiada.  
No había ya horizonte,  
yeguas y vacas eran como un monte  
desplazado en las llanas lontananzas,  
donde se alzaban sobre un cielo duro  
los mil centauros del malón oscuro  
entre un bosque de lanzas.  
Y el criollo, otro centauro, otro nativo,  
venció la saña con la saña.  
No tendrá otro soldado más activo,



brazo más poderoso, amor más vivo  
el tesoro que vino desde España.  
Y un día, un raro día,  
cuando lleguen al Plata  
los hombres rubios de mirada fría,  
mi tierra nunca ingrata,  
se afirmará católica, española,  
y luchará magnífica, ella sola,  
contra la esclavitud de la herejía.  
¡Es que la sangre del desierto  
ha resultado un buen injerto  
de los viejos troncos hispanos!  
¡Es que los criollos tienen manos  
para dar sangre y para derramarla!  
Buenos Aires caerá desprevenida,  
pero Luján ha de ofrendar la vida  
de sus criollos de ley para salvarla.  
¡Oh inmensa gloria! ¡Oh dicha! Ya columbro  
los campos de Perdriel y Miserere,  
y el fuego de la guerra que arde viva,  
la víbora del lazo que derriba,  
la ese de plata del facón que hiere...  
Los soldados azules lujaneros  
que ostentan de la Virgen la "medida",  
primeros en librar los entreveros  
donde se juegan religión y vida,  
soldados de la Virgen más querida  
que en la nube del triunfo o los reveses  
les brinda sus sonrisas hechiceras,  
sabrán acollarar a los ingleses  
y cubrir a su Virgen de banderas."

Calló el tero fogoso  
y aun resonó entre círculos y eses  
largo rato en el aire tempestuoso  
su canción, y aun el ímpetu latía  
cuando, como se trenza el tiento al tiento,



se escuchó a la distancia a la cantora.  
Su raudal de armonía  
siempre nuevo en el éxtasis del viento,  
tenía los chispazos de la aurora  
tras la muerte en el campo acelerada.  
Y dijo la calandria:  
—“Yo sé que existe un ángel y una estrella  
que hacen la tierra aquí dulce y sagrada.  
Nuestra vida será gloriosa y bella.  
Esta tierra, este cielo, confundidos,  
unirán sus anhelos y latidos;  
las lagunas de azul serán espejos  
de otros cielos y tierras de más lejos  
y las nubes del aire harán sus nidos  
en unas altas torres tan esbeltas  
que habrán de ser como dos flechas sueltas  
y dos agujas que unan tierra y cielo,  
doradas en el ímpetu del vuelo.  
Por toda la llanura  
del mar al Andes sonarán campanas  
graves, dulces, cercanas o lejanas,  
y ganarán la armonizada altura,  
así como palomas mensajeras  
y en torno de Luján y de María  
se encenderá en la luz del nuevo día  
un mar azul y blanco de banderas.  
Un ángel entreveo  
que inaugura canciones y caminos  
sobre la tierra de los argentinos,  
un ángel que abre cauces al deseo  
y a la realización de los destinos.  
¿Cómo, sino, yo veo lo que veo  
del futuro en los lóbregos celajes  
y al hombre es dado comprender ahora  
la lengua de los pájaros salvajes?  
El es de ayer. Nosotros  
somos aún más antiguos que los potros,



las vacas y los hombres. Todavía  
el mar estaba intacto, soledosa  
la inmensidad y en la desierta orilla  
no tremolaban cruces de Castilla  
las velas de Don Pedro de Mendoza.  
El es de ayer. En esta inmensa  
palpitación de tierras como mares,  
nació el hombre que piensa  
cuando ya eran antiguos los jaguares.  
Y el porvenir es suyo. Ardua la guerra  
correrá desde el campo a la montaña  
y la espina dorsal de nuestra tierra  
crujirá separándose de España;  
pero la paz será una paz florida  
como el pascual olivo en primavera;  
la guerra da derecho a la vida  
pero la paz da gloria a la pradera.  
Estos gauchos, humildes vencedores,  
guardarán el facón quebrado  
y arrojarán la primitiva lanza  
para empuñar con ímpetus mejores  
el hierro del arado  
y esparcir el trigal en lontananza.  
Por eso su bandera  
respaldada en el cielo,  
se desvanece como la quimera  
de un ensueño y un vuelo  
sacramental, entre los resplandores  
de la altura ideal acariciada.  
Es el alma de un pueblo en los colores  
de la Virgen María Inmaculada".

Así dijo: "María",  
la calandria, y el nombre soberano  
fulguró como un sol de poesía  
en el cielo encantado de Belgrano.  
Era una hora toda hechicería,



sin sombras, ardorosa y perfumada.  
La hora justa del Angelus dormía  
bajo el cielo, sin una campanada,  
cuando un inmenso pájaro de fuego  
apareció en el aire, con las alas  
ya plegadas, ya abiertas, como en ruego,  
como un ímpetu. Todas las galas  
de la tierra palidieron.  
La serpiente y las cosas malas  
en las cuevas se hundieron.  
La calandria, las aves buenas  
y las cosas ingenuas y sencillas  
tuvieron tiempo apenas  
de caer en las matas de rodillas.  
Y el pájaro del cielo  
replegó con divino poderío  
su plumaje de plata y terciopelo  
sobre el único árbol junto al río.  
Y cantó y con su canto  
despertaron las cosas,  
como al conjuro santo  
de la lluvia de estío  
se despiertan las rosas.  
Y dijo: "Aves ligeras,  
hijas del aire, naves primorosas  
del río azul, celestes primaveras,  
predilectas de Dios y la Armonía  
en esta tierra de indios y jaguares,  
Dios me manda a decir que os la confía,  
sed sus piadosos genios tutelares.  
Porque ha llegado el día  
en que despierte a un porvenir de gloria  
y comience su historia  
aquí en Luján que es trono de María".  
Dijo, tendió las alas, alzó el vuelo,  
brilló un instante y se perdió en el cielo,  
Pero siempre nervioso y vigilante



el tero oyó rumor en el camino,  
un rumor que venía del levante,  
lejos, entre confuso remolino.  
Voló un trecho. Una larga caravana  
de altas carretas se acercaba al Paso  
de la Cañada. No era nuevo el caso,  
pero aquella mañana  
su corazón de gaucho estremecía  
un no sé qué de gloria y profecía.  
Lanzó su alerta y concitó la tribu  
del bañado. Partió con él su gente  
volando, caminando, hacia el encuentro  
de los carros que lenta y agriamente  
se internaban en fila tierra adentro.  
Desfilaba la tropa de los teros  
inútilmente. Entonces comenzaron  
a investigar, como los aduaneros.  
¡Treinta carros! Y a todos preguntaron  
con voces de estridencia que eran leyes,  
en cuál carro venía  
la imagen adorable de María.  
Al cabo algunos de los mansos bueyes,  
—“Esta es — mugieron — la carreta,  
— señalando la suya. — Este el tesoro  
con el que, atravesando pampa y pampa,  
más orgullosos que de un monte de oro  
llegaremos a Córdoba, a Sumampa”.  
—“Os felicito, hermanos, dijo el tero.  
No llevaríais carga más preciosa  
si vuestras cajas, que ama el carretero,  
se llenaran de pétalos de rosa.  
Pero estáis en error. La Virgencita  
no irá a Sumampa, quedará en el llano  
de Luján, en un rancho, junto al río.  
No pasará de largo su visita...  
Su trono soberano  
tendrá de hoy más en este suelo mío”.



Caía ya la tarde.  
El sol que apenas arde  
dora en silencio verde las alfombras  
de los churquis; se alargan más las sombras,  
rechinan más cansadas las carretas.  
Baila la luz entre las altas ramas  
del árbol solo en la barranca enorme  
y se eleva un humito ancho y deforme  
del rancho portugués del viejo Oramas.  
Se acerca ya la tropa de carretas  
con los bueyes humildes y canseros,  
entre una banda de porfiados teros  
que elevan estridencias indiscretas,  
Desde un nido de horneros,  
florecido en un poste, un ave amiga  
saluda a la cansada caravana  
con una risa que a la risa obliga.  
Vuelve a su rama oculta la paloma  
que tan dulce gimió por la mañana  
y aun canta la calandria por la loma.  
Un gaucho junto al rancho hospitalario  
ve venir a la tropa. Ama esos ruidos  
del trajín y es un poco visionario.  
Gritos se escuchan, voces, alaridos,  
y el cuerno ronco que los mayores  
empuñan con un gesto autoritario  
para reunir a criollos y animales,  
para ordenar las cosas del momento,  
y disponer, entre la noche honda,  
las carretas en torno, a la redonda,  
cerrando y defendiendo el campamento.  
Era el lugar que dicen la Cañada  
de la Cruz y chispeaban los fogones,  
corría el mate de una en otra mano  
y el criollaje en la fresca hora callada  
se preparaba al baile y las canciones  
que tenían sabor de campo llano.



Olor a carne asada,  
frescura de agua, de agua anochecida,  
floreos de vihuelas andaluzas  
que en las sombras livianas y confusas  
sonaban como quejas doloridas.  
En el carro dormía  
la Virgen, calzadita de la luna  
y dormido en el rancho sonreía  
el niño blanco de la cara bruna.  
La calandria cantora  
bajó hasta él y así como en el nido  
a sus hijos aún antes de la aurora,  
le decía ternezas al oído.  
Y el negrito Manuel, el africano,  
soñó que la calandria le decía:  
—"Ha venido la Virgen, ha venido".  
Y Manuel que el bautismo hizo cristiano  
a través de su sueño la veía.  
Volaban las canciones;  
las zamacuecas y los pericones  
encendían el alma del criollaje;  
era un cuadro sincero y primitivo  
el de ese pueblo del guadal cautivo  
que amansaba en el canto su coraje.  
En la sombra a la luz de los fogones  
la Virgen repasaba corazones  
purificándolos con suave gracia,  
con su blancura y novedad de día.  
Ojos de noche en la melena lacia  
se llenaban de rezos... proseguía  
la canción, ya dulzona, ya altanera,  
ya torpe, ya liviana o cuchillera...  
La Virgen sonreía...  
¡Cuánto trabajo por hacer te espera,  
gloriosa compañera  
de los criollos, María!

(Concluirá)

L U I S   G O R O S I T O   H E R E D I A